

Agatha Christie®

UN CRIMEN DORMIDO

Descubre el último
CASO de la célebre
MISS MARPLE



AGATHA CHRISTIE

UN CRIMEN DORMIDO

Traducción de Alberto Coscarelli



Sleeping Murder. Copyright © 1976. Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma AC y el icono de MISS MARPLE son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, SLEEPING MURDER y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Agatha Christie[®]

Traducción de Alberto Coscarelli

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: abril de 2022
ISBN: 978-84-670-6565-7
Depósito legal: B. 4.160-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

Una casa

Gwenda Reed permanecía de pie, al borde del muelle, temblando de frío.

Los muelles, los cobertizos de la aduana y todo lo que alcanzaba a ver de Inglaterra se balanceaban con suavidad.

Fue en este momento cuando tomó la decisión, una decisión que tendría consecuencias extraordinarias: no iría a Londres en tren como había planeado.

Después de todo, ¿por qué tenía que hacerlo? Nadie la estaría esperando. Acababa de bajar de un barco al que las olas habían zarandeado a placer (había soportado tres días de mar gruesa mientras cruzaban la bahía hasta Plymouth) y lo último que deseaba ahora era subirse a un tren que seguramente se balancearía tanto como el barco. Iría a un hotel, a un edificio sólido y firme, con los cimientos bien hondos en la tierra, y se metería en una cómoda y sólida cama que no se balanceara ni crujiera. Dormiría cuanto le apeteciera y, a la mañana siguiente... ¡Por supuesto, una magnífica idea! Alquilaría un coche y conduciría despacio, sin apresu-

rarse para nada, a través del sur de Inglaterra, tratando de encontrar una casa, una bonita, la casa que ella y Giles habían decidido que ella buscaría. Sí, era una idea magnífica.

De ese modo, vería algo de Inglaterra, la Inglaterra de la que Giles le había hablado tanto y que ella no había visto nunca, aunque, como la mayoría de los neozelandeses, ella decía que era su patria.

En este momento, Inglaterra no tenía un aspecto especialmente atractivo. El día era gris, amenazaba lluvia y soplaban un viento fuerte y frío. Plymouth, se dijo Gwenda, mientras avanzaba obediente en la cola para presentar el pasaporte, no era, con toda probabilidad, lo más bonito de Inglaterra.

Sin embargo, a la mañana siguiente, sus sentimientos habían cambiado por completo. Brillaba el sol. La vista desde la ventana era agradable y el universo en general había dejado de zarandearse. Se había estabilizado. Esto era Inglaterra y aquí estaba ella, Gwenda Reed, una joven casada con veintiún años, de viaje por el país. El regreso de Giles a Inglaterra era incierto. Quizá la seguiría al cabo de unas pocas semanas, aunque también podía llegar dentro de seis meses. Le había sugerido a Gwenda que se adelantara para buscar una casa adecuada. Ambos creían que sería bonito tener una residencia permanente en alguna parte. El trabajo de Giles siempre lo obligaba a viajar de vez en cuando. Si las condiciones eran las adecuadas, ella lo acompañaba, pero no siempre sería ese el caso. Sea como sea, a ambos los atraía la idea de tener un hogar, un lugar propio.

Giles había heredado hacía poco el mobiliario de una tía y, por consiguiente, todo hacía que la idea les pareciera sensata y práctica.

Dado que la situación económica de Gwenda y Giles era buena, el proyecto no presentaba grandes dificultades.

A Gwenda no le había hecho mucha gracia la idea de tener que encargarse ella sola de buscar una casa. «Tendríamos que hacerlo juntos», había dicho, pero Giles le había replicado alegremente: «No creo que sea de mucha ayuda en eso de elegir casa, pero si quieres que lo haga, lo haré. Por supuesto, ha de tener un poco de jardín, que no sea una de esas horribles casas modernas, ni tampoco demasiado grande. Pensaba en algún lugar en el sur, junto a la costa. En cualquier caso, que no esté demasiado tierra adentro».

«¿Tienes preferencia por algún lugar?», había preguntado ella, pero Giles le había dicho que no. Se había quedado huérfano de niño (los dos eran huérfanos) y había pasado los veranos en casa de diversos parientes. Por lo tanto, no sentía apego por ningún lugar determinado. Sería la casa de Gwenda. En cuanto a lo de esperar para escogerla juntos, ¿y si por algún motivo tuviera que quedarse otros seis meses? ¿Qué haría Gwenda durante todo ese tiempo? ¿Vivir en hoteles? No, tendría que buscar una casa e instalarse allí.

«Lo que quieres en el fondo es que cargue con todo el trabajo», le había reprochado Gwenda en un tono divertido.

Pero le gustaba la idea de buscar una casa y convertirla en un hogar cómodo y acogedor para cuando llegara Giles.

Llevaban tres meses casados y ella lo quería muchísimo.

Desayunó en la cama y después se puso en marcha. Dedicó el día a pasear por Plymouth, que le gustó mucho. Al día siguiente, alquiló un lujoso Daimler con chófer y comenzó su viaje por el sur de Inglaterra.

Hacía buen tiempo y disfrutó muchísimo del viaje. Vio varias posibles residencias en Devonshire, pero ninguna acabó de convencerla. No tenía prisa. Seguiría buscando. Aprendió a leer entre líneas en los entusiastas anuncios de las agencias inmobiliarias, cosa que le permitió ahorrarse unas cuantas visitas inútiles.

Fue a última hora de la tarde de un martes, una semana más tarde, cuando su coche comenzó a bajar por la carretera que conducía a Dillmouth. Desde lo alto de la colina se gozaba de una excelente vista de la localidad veraniega, que seguía teniendo el encanto de siempre. En las afueras, vio un cartel de SE VENDE en una verja y, entre los árboles del jardín, atisbó una pequeña casa blanca de estilo victoriano.

Gwenda experimentó en el acto una sensación de aprecio, casi de reconocimiento. ¡Esta era su casa! Estaba segura. Se imaginó el jardín, los grandes ventanales. No cabía duda de que esta casa era lo que estaba buscando.

Como era muy tarde, se alojó en el Royal Clarence Hotel, y, a la mañana siguiente, fue a la agencia inmobiliaria encargada de la venta. Allí le dijeron que podría visitar la casa cuando quisiera.

Ahora se encontraba en un anticuado salón rectangular con dos grandes puertas acristaladas que se abrían a una terraza y a una parte del jardín que descendía brus-

camente. A través de los árboles próximos a la verja se veía el mar.

«Esta es mi casa —pensó Gwenda—. Es mi hogar. Ahora mismo siento como si conociera hasta el último rincón.»

Se abrió la puerta y entró una mujer alta de expresión melancólica, que parecía estar muy resfriada.

—¿Mrs. Hengrave? —preguntó Gwenda—. Traigo una autorización de Galbraith y Penderley para visitar la casa. Lamento presentarme tan temprano...

Mrs. Hengrave sorbió por la nariz, manifestó con voz triste que no tenía importancia, y comenzaron el recorrido por la casa.

Sí, no estaba nada mal. No era demasiado grande. Un tanto anticuada, pero se podía construir allí un par de baños más y modernizar la cocina cambiando el fregadero e instalando los electrodomésticos necesarios.

Mientras Gwenda pensaba en las reformas, Mrs. Hengrave recitaba con voz monocorde los detalles de la enfermedad que se había llevado al comandante Hengrave a la tumba. La muchacha la escuchaba con un oído y no dejaba de hacer los sonidos adecuados de condolencia y comprensión. Todos los parientes de Mrs. Hengrave vivían en Kent; ella no veía la hora de marcharse para estar con ellos; al comandante siempre le había gustado mucho Dillmouth; había sido secretario del club de golf durante muchos años. Pero, en cuanto a ella...

«Sí..., por supuesto..., terrible para usted..., muy natural... Sí, las residencias son así... Desde luego..., usted debe de estar...»

Mientras tanto, la otra mitad de Gwenda seguía a lo

suyo: supongo que este es el armario de la ropa blanca... Sí, una habitación doble con una bonita vista al mar. A Giles le gustará. Este es un cuarto que puede resultar muy útil. Giles lo podría usar como vestidor... El baño..., espero que la bañera esté revestida en caoba... ¡Oh, sí! ¡Es preciosa y está en el medio! ¡No la cambiaré, es una pieza de época!

¡Una bañera inmensa! Llena de agua y con un par de veleros de juguete y unos cuantos patos de goma, sería como estar en el mar. Ya sé: convertiremos aquella habitación tan oscura en un par de aseos modernos, pintados de verde y con las tuberías cromadas. Pasaremos los tubos por el techo de la cocina y no tocaremos este baño para nada.

—Una pleuresía —afirmó Mrs. Hengrave—, que acabó convirtiéndose en una pulmonía doble al tercer día.

—Terrible —opinó Gwenda—. ¿Hay otro dormitorio al final de este pasillo?

Lo había, y era precisamente el tipo de habitación que se había imaginado: casi redonda, con un gran ventanal que hacía las veces de mirador. Por supuesto, habría que pintarla. No estaba mal, pero ¿por qué las personas como la señora Hengrave eran tan aficionadas a la pintura de color mostaza?

Volvieron por el mismo pasillo. Gwenda murmuró: «Seis, no, siete dormitorios, contando el pequeño y el ático».

Las tablas del suelo crujieron un poco bajo sus pies. ¡Ya tenía la sensación de que era ella y no la señora la que vivía aquí! Mrs. Hengrave era una intrusa, una mujer que pintaba las habitaciones de color mostaza y a quien le gustaba tener una cenefa de flores en el salón.

Gwenda echó una ojeada a la hoja que tenía en la mano, donde aparecían los detalles de la propiedad y el precio que pedían.

Gwenda tan solo había necesitado unos pocos días para convertirse en una experta en precios inmobiliarios. La suma que pedían no era elevada. Por supuesto, la casa necesitaba reformas, pero incluso así... No pasó por alto las palabras: «Precio por convenir». Mrs. Hengrave debía de tener muchas ganas de irse a Kent y vivir cerca de «su gente».

Bajaban la escalera cuando, de repente, Gwenda se sintió dominada por un terror irracional. Fue una sensación terrible que desapareció casi con la misma rapidez con la que había aparecido. Así y todo, esto le sugirió una nueva idea.

—La casa no estará embrujada, ¿verdad? —preguntó Gwenda.

Mrs. Hengrave, un escalón más abajo, acababa de llegar en su relato al momento en que el comandante Hengrave agonizaba, así que la miró ofendida.

—No que yo sepa, Mrs. Reed. ¿Por qué? ¿Alguien le ha comentado algo por el estilo?

—¿Nunca ha oído o visto alguna cosa? ¿Aquí ha muerto alguien?

Se dio cuenta en el acto de que había sido una pregunta desafortunada, porque seguro que el comandante Hengrave...

—Mi esposo murió en la clínica Santa Mónica —respondió la mujer con tono desabrido.

—Sí, sí, por supuesto. Ya me lo dijo.

Mrs. Hengrave continuó más o menos con el mismo tono glacial:

—La casa se construyó hace un siglo, es normal que se produzcan algunos fallecimientos. Miss Elworthy, a quien mi querido esposo le compró esta casa hace siete años, gozaba de una salud excelente. Se marchó al extranjero para trabajar en una misión y, que yo recuerde, no mencionó ningún fallecimiento reciente en su familia.

Gwenda se apresuró a calmar a la melancólica mujer. Ahora se encontraban otra vez en el salón. Era una habitación tranquila y encantadora, con la calidez que deseaba la joven. El terror experimentado unos instantes antes le parecía ahora absolutamente incomprensible. ¿Qué le había pasado? No había nada malo en esta casa.

Le preguntó a Mrs. Hengrave si podía echar un vistazo al jardín y después salió a la terraza por una de las puertas acristaladas.

Aquí harían falta unos escalones, pensó Gwenda. Tenía la intención de contemplar el mar, pero se encontró con que las matas de forsitias no dejaban ver nada. También tendría que ocuparse de ponerle remedio a esto.

Siguió a Mrs. Hengrave hasta el otro extremo de la terraza, donde sí había unos escalones que permitían bajar al césped. Se fijó en que las plantas que crecían entre las rocas estaban descuidadas y que la mayoría de los arbustos necesitaban una poda urgente.

La dueña de la casa se disculpó por el estado del jardín. Solo podía permitirse pagar a un hombre para que lo arreglara dos veces por semana y, en muchas ocasiones, ni siquiera venía.

Recorrieron el huerto, pequeño pero bien surtido, y regresaron a la casa. Gwenda explicó que aún le quedaban por ver otras casas, y si bien Hillside (¡qué nombre

más vulgar!) le había agradado mucho, no podía darle una respuesta en firme ahora mismo.

Mrs. Hengrave se despidió de ella con una mirada triste y un sonoro estornudo.

Gwenda volvió a la agencia, hizo una oferta en firme, condicionada desde luego a una tasación por un perito, y dedicó el resto de la mañana a pasear por Dillmouth. Era una pequeña y anticuada ciudad costera, pero con mucho encanto. En un extremo habían edificado un par de hoteles nuevos y unas cuantas casas de diseño moderno, pero el trazado de la costa y de las colinas había evitado una expansión desmesurada.

Después de comer, Gwenda recibió la llamada de la agencia. Habían aceptado la oferta. Gwenda, con una sonrisa de felicidad y picardía, fue a la oficina de correos y le envió un telegrama a Giles.

He comprado una casa. Besos. Gwenda.

«¡Ahora le entrará prisa! —se dijo Gwenda—. ¡Para que vea que no me duermo en los laureles!»